

Conocí al pintor Javier Huecas a principios de los años noventa. Después de ser su alumno tuve la suerte de seguir unido a él gracias a una amistad que dura ya casi veinte años.

Durante ese tiempo se formó el grupo de Aulago.

Aulago tiene menos de cien habitantes durante el año. Se sitúa en la falda de unas montañas que ascienden rápidamente hasta alcanzar los 2.168 metros de altitud. Estas montañas unen las provincias de Granada y Almería en una unidad de paisaje formada a su vez por muchos paisajes particulares: grandes vacíos de piedra en lo más alto, las cúpulas del observatorio astronómico, los frondosos bosques de pinos jóvenes, los torrentes y las ramblas, los restos abandonados de la actividad minera, caminos vacíos la mayor parte del año o retazos de arquitectura tradicional que salpican el monte bajo.

Aulago es el punto de encuentro. Desde hace más de una década es el lugar de reunión de ocho personas, ocho amigos, dedicados a la pintura, la escultura o la arquitectura. La finalidad del encuentro es dibujar al aire libre durante la primera semana de julio. Un ritual imprescindible que marca el comienzo del verano.

La actividad que desarrollamos en Aulago es de una sencillez radical y desde su comienzo carente de grandes pretensiones. Poco más que una excusa para mirar un paisaje.

Nuestro punto de referencia, desde donde partimos cada mañana y adonde volvemos cada noche, es una pequeña casa en la parte alta del pueblo. Un ejemplo cuidadoso de arquitectura vernácula.

El programa diario es sencillo y breve. Poco después del amanecer nos levantamos. Tras el desayuno, ascendemos a la montaña. La jornada de trabajo dura entre ocho y diez horas. La única ocupación de ese tiempo es buscar lugares en los que detenernos a dibujar o pintar, según el caso. Encontramos paisajes alejados y cambiantes, que revelan todas sus caras con las distintas luces del día. Al atardecer regresamos y al llegar encendemos el fuego. Mostramos el trabajo del día. Cenamos, conversamos hasta la madrugada. Después, cada uno se retira. Se apagan las luces esperando que llegue la jornada siguiente, que se repetirá idéntica en actividad y diferente en paisajes.

Aulago, es, ante todo, una experiencia de paisaje. Una experiencia de representación. Representación arquitectónica pero a la vez multidisciplinar. Una forma de mirar, de transformar el territorio en paisaje a través de la mirada. Es también una instantánea. La muestra detenida de un tiempo preciso, donde el vacío natural y las ruinas construidas se combinan, en sus tiempos particulares, con la transformación, la actividad y el cambio.

Aulago es una manera de establecer relaciones con un lugar y con unas personas. En ese sentido, es pura arquitectura. Representa un deseo, varios deseos. El deseo de poner en valor un paisaje y, de este modo, pertenecer a él. De realizar un catálogo dibujado de relaciones visuales, sensitivas, espaciales, físicas. El deseo de que ese catálogo nutra el resto del año. Y, ante todo, el deseo de mirar.

Durante años cada miembro del grupo fue dejando atrás la línea de trabajo que realizaba durante el invierno (aunque, sin duda, partiendo también de ella) para recorrer estas montañas en busca de paisajes en los que desaparecer a través de la pintura o el dibujo.

El primer objetivo, observar el paisaje para, desde el ojo, traducirlo en un gesto de la mano, se fue enriqueciendo con otros. La reunión periódica de amigos, la visita de lugares donde aún se conserva una relación con lo natural aprendida de antaño, el acto solitario de encarar un paisaje silencioso, el gusto por intentar recuperar el fluir de la mano sobre el papel. El placer de ejercitar la mirada.

Y, a través de esa repetición de lugares y paisajes, siempre los mismos y siempre distintos durante años, el trabajo de Aulago adquirió una cierta consistencia. Al volver sobre los mismos motivos insistentemente llegaron a mostrarse no sólo los cambios reales que, año tras año, aparecían (o no), sino también las diferencias de la mirada. Diferencias entre los componentes del grupo y también entre la visión de una misma persona a lo largo del tiempo.

El catálogo de lugares tomó cuerpo cuando se convirtió en un elemento poderoso de reflexión sobre el paisaje. Sobre nuestro lugar, el espacio común sobre los restos de una tradición, sobre los ciclos que, como oleadas, se suceden en la biografía del territorio.

Intentar comprender qué significan las ruinas increíbles de un patrimonio de arqueología industrial minera que parece reabsorberse en la naturaleza, integrándose atemporalmente. Qué nos revela el hecho de que los bosques jóvenes vuelvan a levantarse donde un día hubo bosques antiguos ya perdidos. Qué ocurre en las pequeñas poblaciones, cómo son los restos de su arquitectura. Cuál es el valor del vacío, del espacio no habitado regularmente por el hombre.

El hecho de representar un instante preciso, el actual, hizo que el trabajo de Aulago se convirtiera en una suerte de intervención, muy leve pero real, sobre el territorio, capaz de ponerlo en valor desde una óptica inusual, fijando un momento de su existencia y un sentido de lectura. De este modo, la geografía pudo convertirse en paisaje.

Aulago, desde su gran modestia, se convirtió en excusa para poder elaborar una verdadera idea de respeto hacia la montaña, el árbol, el animal y el propio ser humano. De comprensión e integración de una tradición de múltiples vértices.

Aulago es el descubrimiento de lo más elevado en lo más cercano y, a veces, también en lo más pequeño. Una forma de expresar el amor por nuestra tierra y a la vez, la tierra de todos, la de cada uno. Desde Aulago se puede poner en valor el paisaje particular, su historia y su futuro. Pero también todos los paisajes, el concepto mismo de paisaje.

Todo mediante esa forma extraña de aproximación que no pasa por la construcción sino por el pensamiento, la palabra y el dibujo.

*La primera muestra del grupo de Aulago tuvo lugar en diciembre de 2008 en Almería. Los participantes fueron: Javier Huecas, Francisco Carreño, Jordi Garriga, Tello González, Carlos Villalobos, Tremedad Gneco, Pedro Gamonal y José Miguel Gómez Acosta.*